

Tema 10. Kant. El idealismo transcendental.

Contexto histórico-filosófico.

La Ilustración se caracteriza por defender la autonomía del individuo a partir del **ejercicio crítico de la razón**. Como ya hemos visto al contextualizar a anteriores pensadores esta tarea empieza a forjarse durante el Renacimiento, cuando el teocentrismo característico de la Edad Media se deja a un lado. A lo largo de la Modernidad se va produciendo una lenta transformación de las estructuras políticas y económicas, gracias a un cambio de mentalidad basado en la defensa de la autonomía individual, la secularización de la sociedad, etc. Esto culmina con las grandes revoluciones del siglo XVIII: la independencia de las colonias americanas (en la cual no podemos obviar la influencia de la teoría política de John Locke, y su derecho a la rebelión) y la Revolución Francesa, que acabaría creando un efecto dominó que derribaría a gran parte de los regímenes absolutistas de Europa. Su famoso lema, **libertad, igualdad y fraternidad** es un canto a los valores de la Ilustración.

La defensa de la autonomía individual y, por tanto, de la libertad política y la emancipación respecto del poder religioso se apoya, desde el Renacimiento, en la afirmación radical de la capacidad de la razón humana para autodeterminarse, para tomar decisiones por sí misma. Todo esto lo defenderá el propio Kant en su obra *¿Qué es la ilustración?*, con su famosa máxima: *Sapere aude!* (**atrévete a saber**).

Durante este mismo período el conocimiento científico fue también progresando de manera espectacular a la vez que sus aplicaciones tecnológicas. Hay que recordar que una de las claves del pensamiento moderno es la creencia de que, gracias a nuestra “todopoderosa” razón, no somos solo capaces de entender el funcionamiento de la naturaleza, sino también de utilizarla en nuestro beneficio (como un medio para satisfacer nuestros fines). Los avances científicos de la época parten de considerar al objeto de estudio de las ciencias a la realidad observable y measurable, la cual que yace ante nosotros como las páginas de un libro escrito con caracteres matemáticos que el conocimiento “sólo” ha de leer (esta es la clave de la matematización de la *physis* iniciada por figuras como Galileo).

Como ya hemos estudiado el pensamiento filosófico moderno se caracteriza por el predominio de dos vertientes muy diferenciadas: la racionalista y la empirista. Descartes defiende una visión mecanicista del mundo (tomando como modelo el reloj, máquina compuesta de engranajes que explican su funcionamiento), una visión ligada al auge de la ciencia matematizada. Al mismo tiempo, afirma la existencia de un alma libre que no está sujeta a las leyes mecánicas. La coexistencia de estas dos realidades (*res cogitans* y *res extensa*) se convierte en el gran problema de

la filosofía cartesianas.

El progreso científico reaviva el interés por el método entre los racionalistas, los cuales entienden la ciencia como un conjunto de enunciados de carácter universal y necesario. La razón sin límites permitiría fundamentar todo el conocimiento en ideas innatas, ajenas a la experiencia y que gozarían de este carácter necesario y universal. La crítica empirista se centraría, precisamente, en dinamitar la tesis que afirma la existencia de ideas innatas: todo conocimiento viene dado por la experiencia. Sin embargo, el empirismo fracasa a la hora de justificar la validez de las leyes universales, porque la experiencia es siempre particular y limitada.

Hume, con su escepticismo, afirmará que nada es definitivo ni seguro, que el conocimiento científico es siempre provisional (probable). Esto supuso un mazazo contra la razón, en la cual se debía fundamentar el ansia humana por alcanzar la emancipación definitiva, el conocimiento sin límites. En este contexto de “crisis”, surge el idealismo transcendental de Kant, síntesis de racionalismo y empirismo y culmen del pensamiento moderno e ilustrado.

Vida y obra.

Immanuel Kant nació en Könisberg en 1724, ciudad de la que prácticamente no se movió en toda su vida. De familia modesta y profundamente religiosa se interesaría por los avances de las ciencias físicas y las matemáticas. Tras doctorarse pasaría a ser profesor universitario hasta su retiro en 1798. Moriría en su ciudad natal el 1804, con las facultades considerablemente disminuidas.

Su obra magna, la *Crítica de la razón pura*, libro que supuso un vuelco en la filosofía moderna vio la luz en 1781. A partir de entonces publicó la mayor parte de sus obras, como la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, la *Crítica de la razón práctica*, y la *Crítica del juicio*, con la que completó el proyecto de la filosofía crítica. La obra de Kant supuso una auténtica revolución en la filosofía moderna e inauguró una nueva corriente filosófica, el idealismo, cuyos principales representantes fueron Fichte, Schelling y Hegel.

La filosofía de Immanuel Kant.

Kant considera que todo lo que ha ocupado a la filosofía a lo largo de la historia puede resumirse en tres grandes preguntas: **¿Qué puedo saber? ¿Qué he de hacer? ¿Qué debo esperar?: el problema del conocimiento, el problema de la libertad y el problema del sentido o de la finalidad.** Las tres se resumen en una sola pregunta final: ¿Qué es el hombre? Así, el ser humano se convierte en el centro de la reflexión filosófica.

La crítica de la razón pura.

En el prólogo de la *Crítica de la razón pura*, Kant afirma que, mientras que las preocupaciones de la metafísica parecen girar eternamente sobre sobre los mismos fundamentos, las ciencias de la naturaleza han iniciado un camino de avances, aparentemente imparable. Atendiendo a esto hay que preguntarse qué es lo que hace posible el progreso del conocimiento científico y si es posible situar a la metafísica en ese mismo camino, esto es: **si es posible hacer de ella “una ciencia”**. En palabras del propio Kant: “*Se trata, pues, de decidir la posibilidad o imposibilidad de una metafísica en general y de señalar tanto las fuentes como la extensión y límites de la misma, todo ello a partir de principios*”. Es lo que se conoce como el “problema crítico”, mientras que la lógica, las matemáticas, la física y las ciencias naturales han ido encontrando el camino seguro hacia el conocimiento, la metafísica, la más antigua de todas ellas, no lo ha conseguido.

La metafísica se concebía, tradicionalmente, como la ciencia sobre los primeros principios de la realidad y de nuestro conocimiento sobre ella. Se había convertido, además, en el campo de batalla entre las distintas corrientes filosóficas: racionalistas, que tenían una confianza absoluta en la razón, y escépticos empiristas como Hume. Así, Kant se propone **delimitar el uso teórico de la razón, encontrar sus condiciones y sus límites**. Su objetivo es determinar, en primer lugar, cómo son posibles la matemática y la física y si es posible la metafísica como ciencia, ya que, a pesar de que presenta un atractivo irresistible para la mente humana, no avanza. Estudiar el fundamento de la ciencia significa, de hecho, revisar todo el proceso del conocimiento humano. **Esta es la tarea principal de su obra.**

Pero ¿qué criterios debe cumplir el conocimiento científico? Kant toma como modelo a la física newtoniana como máxima representante de la evolución de la ciencia moderna. Esta **es capaz de generar un conocimiento universal y necesariamente verdadero**. La universalidad y la necesidad del conocimiento científico son, pues, sus rasgos principales:

- La universalidad implica que la verdad del conocimiento no tiene ningún límite espacial ni temporal.
- La necesidad implica que el conocimiento no puede ser de otro modo, que los resultados obtenidos no son contingentes o variables, sino que solo pueden ser los que son si no se ha producido un error.

En la física, las matemáticas y la lógica se ha logrado un **conocimiento independiente de la experiencia, es decir, a priori**. Una vez hemos establecido las bases de lo que Kant considera como “conocimiento científico” ya podemos pasar a buscar la respuesta a la pregunta: ¿Es posible la metafísica como ciencia?

El giro copernicano.

Sin embargo, la pregunta por la posibilidad de la metafísica como ciencia se traduce en una idea clave en la filosofía kantiana: **la posibilidad de que la universalidad y la necesidad del conocimiento científico provengan de algún elemento a priori**, es decir, al margen de la experiencia. Pero ¿es posible el conocimiento a priori? Kant afirma que “*no hay duda alguna de que todo nuestro conocimiento comienza con la experiencia, pero, aunque todo nuestro conocimiento empieza con la experiencia, no por eso procede todo él de la experiencia*”.

Según el modelo de la filosofía tradicional el sujeto conoce el objeto según los principios y la estructura de este mismo objeto. La mente del sujeto sería como un espejo en la que se refleja o se imprime el objeto real. **Nuestro conocimiento de la realidad empírica estaría condicionado por la naturaleza propia del objeto externo.** Pero, si esto es así, todo el conocimiento estaría regido por el objeto y sería a posteriori. ¿Cómo se explica, entonces, la posibilidad de un conocimiento a priori como el que proporcionan la matemática o la lógica, cuyas verdades no dependen de la experiencia?

La respuesta de Kant es plantear una hipótesis: invertir el papel del sujeto en el proceso de conocimiento. Es lo que se conoce como el “**giro copernicano**”. **En lugar de otorgarle un papel activo al objeto, Kant propone considerar que el sujeto del conocimiento es el que establece las condiciones a las que debe someterse el objeto para ser conocido. El proceso del conocimiento tiene, pues, su centro en el sujeto, no en el objeto.** Esto es lo que Kant quiere expresar con el concepto de *trascendental*. Con anterioridad, los “trascendentales”, eran las condiciones del ser en sí mismo, aquellas condiciones que, si cambiase, harían que la cosa dejara de ser lo que es. Kant las desplaza del objeto al sujeto que conoce y las convierte en las *condiciones de cognoscibilidad* de las cosas, lo que hace que las podamos captar por medio de la sensibilidad y las podamos pensar. En resumen: el sujeto pasa a adoptar un papel activo en el conocimiento

El conocimiento científico parte de los datos de la experiencia (empirismo), los cuales son ordenados y estructurados de acuerdo con unos conceptos, principios y esquemas independientes de la experiencia (racionalismo). De ahí que se considere a la filosofía de Kant como una síntesis entre las dos grandes escuelas filosóficas de la modernidad: el racionalismo y el empirismo.

El análisis del conocimiento humano.

Tradicionalmente, se acepta que las fuentes del conocimiento humano son dos: **la experiencia y el**

razonamiento. La primera parte de la *Crítica de la razón pura*, “**Doctrina trascendental de los elementos**”, se dedica al análisis de estas fuentes. Pero antes de empezar a seguir el hilo conductor del razonamiento kantiano, debemos familiarizarnos con algunos temas fundamentales.

- El conocimiento se expresa en **juicios**, siendo un juicio una relación entre dos conceptos, que llamamos *sujeto* y *predicado*. Un ejemplo de juicio sería: “El profe de filosofía es un canoso”, “El Deportivo es el equipo con más títulos de Galicia”, “Todos los cuerpos son extensos” o, “Tres más cinco es igual a seis más dos”.
- Entre los juicios podemos distinguir entre aquellos que son independientes de la experiencia y los que dependen, indiscutiblemente, de ella. Un ejemplo del primero sería “Todo cambio ha de tener una causa”, ya que estamos dispuestos a afirmarlo, incluso, contra la evidencia empírica. Ejemplos del segundo tipo serían: “El profe de filosofía es un canoso” o “El Barça está fuera de la Champions”, afirmaciones que solo se pueden fundamentar en la experiencia. Llamamos a los juicios de primer tipo juicios *a priori*: conocemos su verdad **antes de o independientemente de la experiencia**. A los segundos los llamamos *a posteriori*, por el motivo contrario.
- No es fácil decidir qué juicios son *a priori*, por lo necesitamos de un criterio para ello: son *a priori* aquellos juicios que, estrictamente, son **universales o necesarios**. Esto se debe a que, la experiencia, nuestro conocimiento sensorial, **siempre es particular**: conozco **esta** mesa, a **esta persona**, etc. Nunca es necesaria: lo que conozco empíricamente podría muy bien ser de cualquier otro modo (es **contingente**). El profe de filosofía podría ser pelirrojo, el Barça podría haberse clasificado contra el Bayern, etc.
- Si, en cuanto a los juicios, nos fijamos en la relación entre sujeto y predicado, veremos que los podemos dividir en **analíticos y sintéticos**. Son analíticos los juicios en que el predicado se encuentra contenido en el concepto (en la definición) del sujeto. Ejemplo: “Todos los triángulos tienen tres lados”. La definición de triángulo incluye, de manera necesaria, el rasgo diferencial “tener tres lados”. Por eso, Kant los llama también “**juicios explicativos**”. En función del principio de identidad y del de no contradicción, dado que el predicado no hace más que repetir una señal definitoria del sujeto, estos juicios no necesitan una comprobación empírica. **No tenemos que recurrir a la experiencia para saber si son verdaderos**: todos ellos son, por tanto, *a priori*.
- Los juicios sintéticos son, en cambio, **extensivos**. El predicado amplía o extiende nuestro conocimiento añadiendo alguna característica no contenida en la idea del sujeto: “Hoy está nublado”, “El suelo está mojado”. Tradicionalmente, se entendía que los juicios sintéticos eran todos *a posteriori*.

Para comprender mejor esta “taxonomía” de los juicios podemos recurrir a la obra de uno de los autores que hemos analizado en temas anteriores: David Hume. Pongamos especial atención en su distinción entre **relaciones de ideas** y **cuestiones de hecho**.

- Las relaciones de ideas de Hume serían **juicios analíticos**, ya que el **predicado del enunciado no aporta nada nuevo sobre el sujeto, sino que explica sus características**.
- Las cuestiones de hecho de Hume son, para Kant, **juicios sintéticos**, puesto que el **predicado añade información nueva al sujeto del juicio**. Y también son a posteriori, porque su verdad depende de la experiencia.

Juicios analíticos	Juicios sintéticos
El predicado pertenece a la definición del sujeto.	El predicado se encuentra fuera del sujeto.
Son juicios de explicación: se explica una característica del sujeto.	Son juicios de ampliación: se añade una información sobre el sujeto.
Hay un vínculo de identidad entre sujeto y predicado.	No hay un vínculo de identidad entre sujeto y predicado.
Son a priori: no dependen de la experiencia, por lo que son universal y necesariamente verdaderos.	Son a posteriori: dependen de la experiencia, por lo que no son válidos de forma necesaria y universal.
Ejemplos: “Los solteros no están casados”; “Todos los cuerpos son extensos”	Ejemplos: “Todos los cuerpos son pesados”; “Los mamíferos tienen mayor capacidad cerebral que las aves”

Los juicios sintéticos a priori.

Las proposiciones o juicios científicos son siempre universales y necesarios, tal y como hemos señalado arriba y, por tanto, *a priori*. Pero, al mismo tiempo, parece que la función de la ciencia es, precisamente, ampliar o “extender” nuestro conocimiento, de manera que sería de esperar que sus juicios fuesen extensivos o sintéticos. La única solución razonable consiste en suponer que, además de los analíticos, *a priori*, y sintéticos, *a posteriori*, haya un tercer grupo de juicios **sintéticas a priori: los que, pese a aportar información nueva, sea independientemente de la experiencia**.

La matemática, la lógica y la física se expresan según Kant, en este tipo de juicios. Así, **una disciplina solo podría considerarse ciencia propiamente si dispone de estos juicios sintéticos a priori**. Por ejemplo, “La línea recta es la distancia más corta entre dos puntos”, donde el concepto *recta* es meramente cualitativo y no contiene ninguna referencia a cantidades. Y también, “En todas las transformaciones del mundo corpóreo, permanece invariable la cantidad de materia”, en el que

el concepto *materia* no contiene ninguna referencia a su permanencia o no en el tiempo. Vemos pues, como en estos juicios se aporta un conocimiento nuevo al sujeto, pero no dependería de la experiencia.

Juicios sintéticos a priori.

El predicado es externo al sujeto.

Son juicios de ampliación: se añade una información sobre el sujeto.

No hay un vínculo de identidad entre sujeto y predicado.

Son a priori: no dependen de la experiencia, por lo que son universal y necesariamente verdaderos.

Son los principios necesarios para adquirir conocimiento: son la base de la investigación posterior.

Ejemplos: En física, las leyes de Newton; en matemática, algunas definiciones (por ejemplo, la de la línea recta).

De esta forma, la pregunta que se hacía Kant sobre si la metafísica era posible como ciencia se puede formular como sigue: ¿Son posibles los juicios sintéticos a priori en metafísica? Para intentar responder a esta pregunta, Kant necesita provocar un cambio radical en la forma de pensar y analizar la estructura que hace posible el conocimiento. **Esta es la tarea de la filosofía trascendental: analizar el modo de conocer los objetos en general.** El conocimiento trascendental no trata de objetos, sino de nuestra forma de conocer cualquier objeto.

Las facultades y el proceso del conocimiento.

Kant elabora una teoría de las facultades humanas que hacen posible el conocimiento. El proceso de conocimiento implica una serie de capacidades cognitivas que son independientes de la experiencia, es decir, que son a priori, a la vez que son necesarias para el conocimiento en general.

Esta corriente filosófica inaugurada por Kant, denominada “**idealismo trascendental**”, **analiza las condiciones subjetivas que hacen posible el conocimiento objetivo**. Se llama “idealismo”, en tanto que la clave del conocimiento está en el sujeto, y “trascendental”, porque el sujeto impone las condiciones y los límites del conocimiento.

El proceso de conocimiento es explicado en la *Crítica de la razón pura* analizando las facultades de la sensibilidad (de la cual se ocupa la Estética trascendental, que da cuenta también de la posibilidad de las matemáticas como ciencia), el entendimiento (de la cual se ocupa la Analítica trascendental, que da cuenta también de la posibilidad de la física como ciencia) y la razón (de la cual se ocupa la Dialéctica trascendental, que da cuenta también de la posibilidad de la metafísica como ciencia)

1) La sensibilidad:

La sensibilidad, nos dirá Kant, es la capacidad de ser afectado por los objetos, aquella mediante la cual nos hacemos representaciones perceptivas tanto del mundo exterior como del interior. Kant llama **estética** a la parte que se ocupa de su análisis, término que procede del griego *aísthesis*, que significa “sensación” o “percepción sensorial”. A la representación perceptiva la llama Kant **intuición sensible o empírica**, esto es, al conocimiento inmediato tal y como se nos presenta, sin que nada actúe de mediador. En las intuiciones podemos distinguir una materia o contenido, **las sensaciones o impresiones**, y una forma, **la estructura o el orden en el que se nos presentan** relacionadas. **Si consideramos la intuición externa, la percepción sensorial del mundo exterior, descubriremos que no podemos intuir nada, que nada es perceptible, si no es ocupando un espacio.** El espacio es una condición universal y necesaria, *a priori*. Es la forma de la intuición externa, independientemente de la experiencia. **La forma a priori de la sensibilidad externa.**

El análisis del espacio puede reproducirse para el **tiempo**, solo que ahora referido a la “sensibilidad interna”. La sensibilidad interna hace posible que nos hagamos representaciones perceptivas de nuestro mundo interior, de nuestros estados de conciencia: son las **intuiciones internas**. **Para ellas el tiempo es a priori.** Puedo imaginarme un pensamiento mío como algo que no ocupa un volumen en el espacio, pero es imposible pensar lo si no es en las coordenadas del tiempo. **Este se trata de la forma pura, a priori, de la sensibilidad interna.**

Si la intuición sensible o empírica es el conocimiento sensible con contenidos (materia), la intuición pura es la forma de la sensibilidad, sin contenido: el espacio y el tiempo. Así pues, en la sensibilidad, el nivel más elemental del conocimiento, hay una parte de la cosa conocida que no proviene “de la cosa misma”, que no es dada por la experiencia, sino que ha sido puesta por el sujeto. **Vemos pues una síntesis entre un elemento empírico, dado por la experiencia, y uno suministrado por el sujeto que lo conoce, aportado por la razón.**

Finalmente, el resultado, los productos de la sensibilidad son los **fenómenos, las cosas tal y como se nos muestran a la conciencia, pero no las cosas tal y como son, sino tal y como se adaptan a nosotros al ser intuidas.**

Ya estamos, llegados a este punto, en disposición de explicar como la matemática puede producir juicios sintéticos a priori. Sus objetos son el espacio (para la geometría) y el tiempo (para la aritmética, la cual se asienta en el concepto de sucesión), dos intuiciones puras independientes de la experiencia.

2) El entendimiento:

El entendimiento determina los fenómenos mediante conceptos puros o categorías; esto es, establece las reglas a las que debe someterse la experiencia. Las categorías son conceptos generales que se imponen a los fenómenos que genera la sensibilidad para conformar un objeto de conocimiento para nuestro entendimiento.

Así como la sensibilidad nos permite intuir la realidad, por medio del entendimiento procuramos comprenderla. Esto significa reunir el material diverso de la intuición bajo una representación común, reunir la multiplicidad de las intuiciones en la unidad del concepto: cada uno de los seres humanos que yo conozco, bajo la estructura única y común de la “humanidad”. El entendimiento tiene así una función fundamentalmente unificadora. Cuando afirmo “El profe de filosofía es canoso”, lo que estoy haciendo es colocar a mi experiencia sensorial de el profe de filosofía dentro del criterio general “canosos”.

El producto del entendimiento es el **concepto**, pudiendo distinguir entre puros y empíricos. Se denominan conceptos puros del entendimiento a las categorías, que para Kant son las maneras de entender la realidad. Las cosas, para ser pensadas, se han de someter a las condiciones o leyes del entendimiento. El material bruto con que trabaja el entendimiento no es, sin embargo, el material empírico mismo, las impresiones, sino los datos sensoriales previamente filtrados por la sensibilidad: los fenómenos. **Las categorías son lo que el entendimiento deposita sobre el fenómeno para hacerlo inteligible.** Se da aquí, de nuevo, la síntesis entre sujeto y objeto, posibilitando el conocimiento. Esto último se resume en la cita del propio Kant “*los pensamientos sin contenido son vacíos, las intuiciones sin conceptos son ciegas*”.

Las categorías son las condiciones de cognoscibilidad del entendimiento, principios de unificación de la realidad múltiple que nos permite manejarla intelectualmente. La ciencia natural es posible porque sus objetos son los conceptos puros del entendimiento que el científico **llena** con la experiencia fenoménica.

3) La razón:

La razón ordena el conocimiento, es la facultad suprema del ser humano. No es una facultad de conocimiento, sino de legislación y de ordenación del conocimiento. Kant distingue dos usos de ella:

- **Uso teórico:** en su uso teórico, la razón tiene el cometido de ordenar el conocimiento generado por el entendimiento. Las ideas de la razón (alma, universo y Dios), no son para Kant objetos de conocimiento, sino **principios regulativos que sirven para estructurarlo, conectarlo e integrarlo.**
- **Uso práctico:** el uso práctico es la aplicación del método trascendental al ámbito de la moral. En concreto, **Kant pretende fundamentar la moral basándose, precisamente, en los ideales de la razón, y principalmente en el postulado de la libertad humana.** Pese a que no podamos conocer científicamente si somos libres o no, si el alma es inmortal o si Dios existe, Kant afirma que **necesitamos pensar que es así para actuar correctamente.**

El razonamiento no tiene un fundamento en las intuiciones, sino que se aplica sobre conceptos puros y juicios. Su objeto no es real sino algo meramente mental: las relaciones. Sin embargo, su función es la misma que la del entendimiento, porque la razón no es más que éste cuando va más allá del horizonte de la experiencia posible. Dos fuerzas mueven a la razón en esta dirección: por un lado, la necesidad misma de funcionar de la mente, por otro, las ansias inseparables de la naturaleza humana, que aspira siempre a saber más. El razonamiento busca en cada ocasión condiciones más generales. Las ideas, objeto propio de la razón representan lo incondicionado, el horizonte último de todo razonar, lo que ya no tiene ninguna otra condición por encima de sí.

El conjunto de todos los fenómenos internos encuentra la unidad suprema en una idea de un “yo”, un sustrato permanente de toda nuestra realidad interior. Esta es la **idea psicológica** (el alma, en la metafísica tradicional). El conjunto de todos los fenómenos externos nos dice Kant, tiene la representación última de su unidad en la idea de “mundo”, la **idea cosmológica**, el todo integrado de lo que consideramos la realidad externa, el universo en su totalidad. Finalmente, la unidad absoluta de todo lo que hay, fundamento tanto del yo como del mundo, es la **idea teológica**: Dios.

Las ideas de la razón coinciden con los tres temas fundamentales de la metafísica tradicional, el problema de las sustancias del racionalismo: Dios (sustancia infinita), alma (sustancia pensante) y mundo (sustancia extensa). El dominio de la ciencia natural ha quedado cubierto con el estudio de la sensibilidad y del entendimiento. El ámbito de la razón es el que corresponde a la metafísica.

La metafísica responde a una disposición natural de plantearse preguntas que no puede responder: el origen último del universo, el destino de la humanidad, de la vida, etc. Esta tendencia debe ser sometida a crítica para evitar los excesos en los que había desembocado, criticando así la metafísica tradicional del racionalismo dogmático (fe ciega en la razón). Esta es la tarea de la **dialéctica trascendental, disciplina de la crítica de la razón pura dedicada a combatir esta propensión de la razón a plantearse preguntas más allá de sus límites**.

Esta disciplina debe limitar la aspiración del conocimiento más allá de la sensibilidad, es decir, un conocimiento de la realidad misma. Para esto debemos tener clara la distinción entre **fenómeno y noumeno**, consecuencia de la teoría del conocimiento desarrollada por Kant:

- **El fenómeno, o la realidad tal y como es conocida por nosotros.** Es como la realidad nos es dada en la sensibilidad, el objeto de la intuición empírica.
- **El noumeno o la cosa en sí, es la realidad tal y como sería en sí misma.** Sería el objeto real en sí mismo. Sin estar sometido a las condiciones de la sensibilidad (espacio y tiempo) y del entendimiento (categorías). Esta noción se presenta como un concepto límite, que no podemos explicar, **es un concepto vacío de contenido que sirve para delimitar el alcance de nuestro conocimiento.**

La imposibilidad de la metafísica como ciencia.

La conclusión que extrae Kant es que **el conocimiento tiene que limitarse a aquellos objetos que se someten a nuestra estructura trascendental; esto es, a los fenómenos**. De la cosa en sí o noúmeno no podemos saber nada.

Esto implica que **la metafísica tradicional dogmática no puede ser considerada una ciencia**, empeñada en lograr un conocimiento total de la realidad por medio de conceptos sin recurrir a la experiencia. Critica también esa suerte de “fe ciega” en la razón, la cual no reconoce sus límites, algo que, lejos de quitarle valor a, refuerza y garantiza su seguridad y validez. La experiencia se establece como límite legítimo de nuestro saber, pero sin caer en el escepticismo (como Hume), sino reconociendo el poder y la eficacia de la razón a raíz, precisamente, del reconocimiento de sus límites.

La imposibilidad de conocer las ideas de la razón.

¿Por qué no podemos conocer las ideas de la razón: ¿Dios, alma y mundo? La razón no trabaja sobre el fenómeno. Ningún material empírico se corresponde con sus ideas. ¿Cuándo tenemos una experiencia perceptiva de eso que llamamos alma o, aún más claramente, Dios? Nunca tenemos tampoco experiencia del “mundo como totalidad”. Las ideas de la razón escapan al ámbito fenoménico, no constituyen verdadero conocimiento. Como la *cosa en sí misma*, constituyente el límite negativo de lo que nos está permitido decir que conocemos.

Así como tenemos que aceptar que hay alguna cosa fuera de nosotros mismos que es el origen de nuestras impresiones, tenemos que admitir también que el conjunto de nuestros estados de conciencia y sentimientos pertenecen a alguna cosa, tienen unidad. Tampoco podemos entender los fenómenos físicos si no los suponemos elementos de un todo ordenado (*kósmos*, en griego), dotado de una unidad interna. Y, finalmente, para comprender lo que pasa y lo que nos pasa, necesitamos referirlo a una unidad de un alcance aún mayor, que llamamos “el sentido último”: Dios. **Necesitamos las ideas de la razón para entender. Las ideas responden a las necesidades derivadas del funcionamiento de nuestro entendimiento; ahora bien, tenemos que aceptar que su estatuto es diferente del de los productos del entendimiento, los conceptos, porque carecen de un componente esencial del verdadero conocer: el referente empírico.**

Un nuevo horizonte para la metafísica.

Kant denuncia la aplicación de las categorías del entendimiento a objetos que no se dan en la sensibilidad Las categorías son conceptos “trascendentales”, esto es, que hacen posible a partir de la intuición, pero no “trascendentales”, es decir, que no se pueden aplicar más allá de la experiencia, como, por ejemplo, a las ideas de la razón (alma, universo y Dios).

En consecuencia, **en la metafísica no habría juicios sintéticos a priori**. Las ideas de la razón pura no tienen un uso teórico constitutivo, sino que tendrían una función reguladora y ordenadora de nuestro conocimiento. Su sentido radicará no en el uso teórico de la razón, sino en el uso práctico, es decir, en la fundamentación de la moral. Así, una vez reconocida la tendencia natural de la razón a plantearse preguntas que no puede responder y, a partir de realizar una crítica de la razón y de las facultades del conocimiento, Kant afirma que, la metafísica depurada por dicha crítica se desarrollará como una metafísica de las costumbres, es decir, como una teoría filosófica de la moral.